CAPITULO X

Impresión en Francia por el descalabro de Puebla.—Carta del Emperador al general Lorencés.—Envío de nuevas fuerzas.—Las manda el general Forey.—Carta de Napoleón á este general.—Relaciones de Francia y España.—Renuncia del señor Mon.—Le reemplaza en París el marqués de la Habana.—Incidente de su presentación al Emperador.—Buen deseo del marqués para conseguir obrando de acuerdo con Francia.—Actitud de ésta.—Discusión en España.

En Francia, tan acostumbrada á la victoria, había causado la conmoción que era natural el descalabro de Puebla; y aunque en él había quedado ileso su honor militar, todo el país se conmovió y pidió á una voz se enviasen fuerzas bastantes para hacer olvidarlo y llegar triunfantes hasta México. En el cuerpo legislativo se votaron sin discusión los fondos necesarios para una nueva y fuerte expedición, y se aparejaron sin demora los bastimentos que debían llevarla. Esta noticia fué tanto más sensible, cuanto

que se veía la prolongación de una empresa que había sido objeto de la oposición violenta de la minoría de las cámaras francesas, de una parte de la prensa y de los que veían en esa prolongación futuros compromisos para la Francia. Pero por otra parte, su honor militar estaba empeñado, la cuestión de sus nacionales y la política quedaban en pie, y era preciso ir adelante para hacer constar con los resultados la necesidad de la expedición.

El Emperador escribió una carta al general Lorencez, en que le decía la mortificación con que supo el descalabro en Puebla; que eso no era razón para desanimarse; que el honor del país estaba empeñado; que había hecho bien de proteger al general Almonte, y que todos los que busquen un abrigo en la bandera francesa, tenían derecho á igual amparo; S. M. no deseaba imponer un gobierno cualquiera, sino la prosperidad y la independencia de ese bello país y la sinceridad de sus relaciones con la Europa. S. M. aprobaba la conducta del general Lorencez, "aunque, decía S. M., parecía que no todos la comprendían bien."

Sin embargo, al decidir el envío de nuevas fuerzas, se nombró general en jefe de la expedición al general Forey, cofiriéndole al mismo

tiempo sus poderes como plenipotenciario, y el Emperador creyó conveniente dar á conocer su pensamiento, como lo hizo en la siguiente notabilísima carta:

"Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.—Mi querido General: en los momentos en que vais á partir para México, encargado de los poderes políticos y militares, creo útil daros á conocer mi pensamiento.

"He aquí la línea de conducta que debeis seguir: 1º dar á vuestra llegada una proclama cuyas principales ideas se os indicarán; 2º acoger con la más grande benevolencia á todos los mexicanos que se os presenten; 3º no prohijar las querellas de partido alguno; declarar que todo es provisional hasta que se pronuncie la nación mexicana; mostrar una gran deferencia por la religión, pero tranquilizando al mismo tiempo á los poseedores de bienes nacionales; 4º alimentar, pagar y armar, conforme á vuestros medios, á las tropas mexicanas auxiliares; dejarlas que en los combates tengan la parte más lucida; 5º mantener la más severa disciplina en vuestras tropas como en las auxiliares; reprimir vigorosamente todo acto ó palabra que pueda herir á los mexicanos, porque es necesario no olvidar la fiereza de su

carácter y lo que importa al éxito de la empresa, el conciliarse ante todo á las poblaciones.

"Cuando lleguemos á México, será bueno que las personas notables de todos los matices que hayan abrazado nuestra causa, se entiendan con vos para organizar un gobierno provisional. Este gobierno someterá al pueblo mexicano la cuestión del sistema político que deberá establecerse definitivamente; en seguida se convocará una asamblea según las leyes mexicanas.

"Ayudaréis al nuevo poder para que su administración, sobre todo la hacienda, tengan esa regularidad de que la Francia le ofrece el mejor modelo: con este objeto se le enviarán hombres capaces de secundarle en su nueva organización.

"El objeto que debe alcanzarse no es imponer á los mexicanos una forma de gobierno que les sea antipática, sino ayudarles en sus esfuerzos para establecer, según su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad y pueda asegurar á la Francia la satisfacción de los agravios de que se queja.

"Por supuesto que si prefieren una monarquía, el interés de la Francia pide que se les apoye en esa vía.

"No faltará quien os pregunte: ¿por qué vamos á gastar hombres y dinero para fundar un gobierno regular en México?

"En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente á la Europa, porque ella alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos un interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y prospere, pero no tenemos ninguno en que se ampare de todo el golfo de México y desde allí domine las Antillas y la América del Sur, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Por una triste experiencia vemos hoy lo precaria que es la suerte de una industria que está reducida á buscar á su materia prima un mercado único, cuyas consecuencias tiene que sufrir.

"Sí al contrario, México conserva su independencia y mantiene la integridad de su territorio, si un gobierno duradero se organiza allí con el auxilio de la Francia, habremos hecho recobrar á la raza latina del otro lado del Océano su fuerza y su prestigio, habremos garantizado la seguridad de nuestras colonias de las Antillas y de las de España; y esta influencia, al crear salidas inmensas á nuestro comercio, nos procurará las materias indispensables á nuestra industria.

"México, regenerado así, nos será siempre favorable, no sólamente por agradecimiento, sino porque sus intereses estarán de acuerdo con los nuestros, y encontrará un punto de apoyo para sus buenas relaciones con las potencias europeas.

"Hoy, pues, nuestro honor militar empeñado, la exigencia de nuestra política, el interés de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone un deber de marchar sobre México, de plantear allí resueltamente nuestra bandera, de establecer allí, sea una monarquía, si ella es compatible con el sentimiento nacional del país, sea á lo menos un gobierno que prometa alguna estabilidad.—*Napoleón.*"

Hé ahí elevada á la altura de que nunca debió rebajarse la empresa tan malamente juzgada, la empresa atribuida á miras pequeñas y á satisfacer intereses secundarios!.....

Antes de levantar la mano de esta segunda parte, conviene conocer y terminar lo acaecido después del descalabro de Puebla entre la Francia y la España, mientras el ejército francés emprendía solo una nueva expedición á aquellas regiones.

El señor Mon, embajador en París, había presentado su dimisión por hallarse en desacuerdo con su gobierno sobre la cuestión de México, y fué nombrado en su lugar el general Concha, marqués de la Habana, persona muy digna y entendida en las cosas de la América española.

Al nombrársele, se le ocurrió al señor Calderón Collantes decirle en sus instrucciones: "que su misión era estrechar los vínculos que unen á ambos países; declarar que en la España no se consideraba roto el convenio de Londres, proponer que la España y la Inglaterra volviesen á enviar fuerzas de mar y de tierra para seguir obrando de acuerdo con la Francia, asegurar la independencia de México, y su voluntad para constituirse; sostener las reclamaciones que cada uno de los aliados presente al gobierno de México." (En esto el gobierno español acababa por donde debió haber empezado, puesto que eso produjo el desacuerdo en la primera conferencia de Veracruz.)

El señor ministro creía, en fín, "que lo ocurrido no podía ser un obstáculo para un nuevo acuerdo, y que si esto no se aceptaba, la España procedería con independencia, y su influencia, reconociendo ó combatiendo al gobierno republicano de México, pesaría siempre en la balanza de los destinos de aquel país."

El señor marqués de la Habana presentó sus credenciales al emperador Napoleón, y al responder S. M. al discurso en que el marqués hacía una alusión delicada á las simpatías de la Francia por la España, durante la guerra de Africa, le dijo, "que de la reina de España dependía sólo conservar un aliado sincero y leal en S M. Imperial;" frase que produjo honda sensación en España, cuyo gobierno pidió explicaciones sobre ella.

Mr. Thouvenel dijo al marqués, "que el Emperador había hablado más que como amigo irritado, como amigo afligido," y el Emperador en una audiencia que concedió al nuevo embajador, que personalmente había sido muy bien recibido de S. M., le dijo al explicarle la frase de su discurso, que *trois mots suffisent pour faire pendre un homme.* Después de otras explicaciones que el gobierno español encontró "llenas de nobleza y elevación," se terminó este incidente.

El señor marqués de la Habana, en su sincero deseo de seguir obrando de acuerdo con la Francia y comprendiendo muy bien esta cuestión, como lo probó luego en su discurso en el

senado, pasó á cumplir con las órdenes de su gobierno. Difícil era para el francés aceptar nuevos compromisos, en los momentos en que creía su honor militar empeñado, cuando la Francia entera pedía con mucha energía la reparación del descalabro de Puebla por sus propias fuerzas, y cuando la opinión pública se manifestaba con bastante vehemencia por el abandono en que las tropas españolas dejaron á las francesas en momentos tan difíciles é imprevistos. Mr. Drouyn de Lhuys, que había reemplazado á Mr. Thouvenel, respondió á las proposiciones de la España, "que se asociaba al sentimiento de ésta por el desacuerdo de los plenipotenciarios y que si la Francia continuaba obrando aisladamente, era porque el honor de su bandera y la protección de sus intereses le imponían esa obligación; pero que la Francia abrigaba la confianza de que la expedición que por la fuerza de las cosas se encontraba llevando sola la carga, tendría también un éxito ventajoso para las otras dos potencias aliadas, y que hacía votos porque logrado el triunfo, volviese el momento de entablar otras negociaciones en unión de los aliados."

El gobierno español insistió para que su embajador hiciese ver todas las ventajas de un nue-

vo acuerdo entre los aliados. Mr. Drouyn de Lhuys volvió á responder que tan pronto como terminaran las operaciones militares, la Francia invitaría á que se enviase á México plenipotenciarios *ad hoc*, que no hubiesen mediado en las antiguas negociaciones.

Así las cosas, se trató por segunda vez en las cortes de la cuestión de México, empezando la discusión el mismo general Prim.[1] El marqués de la Habana acudió á ocupar su puesto en el senado. Lo hecho hasta entonces fué reprobado en elocuentes discursos por hombres de estado de primera talla, como el respetable marqués de Miraflores, el marqués de la Habana, el señor Bermúdez de Castro y el marqués de Novaliches en el senado, y en la cámara de diputados los señores Ríos Rosas, Olózaga, González Bravo, Castro, Coello, Rivero y muy espe-

1 El conde de Reus ha seguido siendo consecuente con las ideas que defendió en su discurso. Los periódicos de la Habana acaban de publicar y *La Epoca* de Madrid ha reproducido el siguiente documento:

"Excmo. Sr. D. Benito Juárez, presidente de la república de México.—Bruselas, 19 de abril de 1867.—Ilustre y respetable señor mío: Hace unas semanas tuve el honor de dirigir á usted mi más sincera felicitación por el triunfo de la noble causa de la nacionalidad mexicana que usted tan dignamente simboliza. Este triunfo no es dudoso ya, y á estas horas la bandera de los buenos debe tremolar en la capital de la valerosa república mexicana.

cialmente el señor Mon, que acababa de dejar la embajada de París, que hizo una larga é interesantísima narración de la manera con que se condujo esta negociación, y leyó documentos curiosísimos con que dió el golpe de gracia á aquel ministerio, que tuvo que disolverse, sin que le cupiera duda de como se apreció su política en esta cuestión de tanto interés para la España, como que en ella iban sus gloriosas tradiciones, sus colonias y sus intereses comerciales y políticos.

Se publicaron artículos vehementísimos, inspirados por el patriotismo de los periódicos de España, absolutistas, moderados, progresistas y demócratas, que todos á una condenaron la política del gobierno español.

¡Ah! con cuánta amargura recordamos los justos reproches que entonces dirigieron esos

"Posteriormente he visto que algunos correos habían sido interceptados, y temiendo que aquella mi carta no haya llegado á manos de usted, la repito hoy con el mismo fín, el de repetir á usted, cuánta es mi satisfacción por el triunfo de los liberales, así como el de asegurarle la admiración de la Europa liberal al ver un pueblo que parecía extenuado por tantos años de guerra civil, y que sin embargo hace frente á un numeroso ejército francés y lucha un día y otro día, hasta arrojar al extranjero del suelo patrio, reconquistando así la independencia nacional y sus libertades tan terriblemente amenazadas.

"Queda de usted con distinguida consideración su afectísimo servidor Q. B. S. M.—*Juan Prim.*

ilustres senadores y diputados y la prensa al gabinete de su país! ¡Corre por nuestras venas la sangre española; la España fué la patria de nuestros padres, siempre hemos recordado con orgullo sus glorias, para ella siempre hemos querido la felicidad, y por tener esa sangre nos hemos visto perseguidos y separados del autor de nuestros días!....

Al responder, como pudo el señor Calderón Collantes, á las increíbles y lastimosas contradicciones que se le reprochaban, dijo que Mr. Barrot había escrito á su gobierno inexactamente sus conversaciones con el ministro de estado, lo cual hizo que el de Francia pidiese explicaciones que el señor Calderón Collantes dió cumplidamente, así como por haber dicho, "que la Francia no podría favorecer el establecimiento de un gobierno en México sin llamar á la España y á la Inglaterra."

Esa segunda y última discusión en las cortes de España produjo revelaciones y documentos de la naturaleza que hemos citado, é hicieron también gran sensación en Europa, por lo que complicaban una cuestión que la excitaba vivamente y que perdía en simpatías al ver que esas complicaciones elejaban el término de una empresa que pudo y debió ser obra de un solo

invierno. La oposición francesa, apoyada en esos inesperados sucesos, redobló sus ataques y los siguió periódicamente cada año en el cuerpo legislativo.

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Situación en México y Orizaba.—El partido monárquico.—El por qué de la autoridad de Almonte.—La desaprueba el general Forey.—Proclama de éste en Veracruz.—Abnegación de Almonte.—Nuevas medidas en México.—Actitud del cuerpo diplomático.—Ejército mexicano.—Proclama en Córdoba del general Forey.—Otra en Orizaba.—Su orden del día.—General Comonfort.—Sitio y toma de Puebla.—Las autoridades mexicanas huyen al interior.—Pronunciamiento en México por la Intervención.—Entrada del ejército franco-mexicano en México.—Entusiasmo que produjo.—Notable comunicación del general Forey.—Carta de Napoleón.

Mientras el general Lorencez recibía nuevas instrucciones de París, había establecido, como hemos dicho, su cuartel general en Orizaba juntamente con las tropas mexicanas que se le habían unido. Las del gobierno republicano, escarmentadas con lo que les había pasado en